Crítica de libros

Teatro español 1961-62. Editorial Aguilar. Madrid, 1963.

La Editorial Aguilar viene publicando, cada temporada teatral, una selección de obras. La correspondiente al período 1961-62 contine: *Esta noche, tampoco,* de José López Rubio; *Rebelde,* de Alfonso Paso; *El charlatán,* de Ricardo Rodríguez-Buded; *La camisa,* de Lauro Olmo, y *La historia de los Tarantos,* de Alfredo Mañas Navascués. Todas son de interés para el aficionado al teatro, especialmente las tres últimas, correspondientes a autores nuevos a los que, últimamente, crítica y público han prestado gran atención. *El charlatán* es, quizá, la mejor obra estrenada del autor de *La madriguera* y *Un hombre duerme. La camisa* constituyó un gran éxito, logrando el Precio Nacional de Teatro, tras haber obtenido, antes de su estreno, el Premio Valle-Inclán. *La historia de los Tarantos* es el más alto logro del expresionismo español actual. Federico Carlos Sainz de Robles ha hecho la selección, con prólogo—muy extenso—, notas y apéndices. Abre el libro una "Breve reseña de una temporada teatral (actividades del año escénico)", cerrándolo la "Relación de las obras estrenadas en todos los teatro de España desde el 1 de setiembre de 1961 hasta el 31 de agosto de 1962". La parte ilustrada es muy abundante: hay fotografías de los autores y escenas de las obras. Cada una de éstas va precedida de la autocrítica que, en su día, escribió el autor y diversas críticas del estreno.

Lope de Vega: *El villano en su rincón* y *Las bizarrías de Belisa.* Espasa-Calpe. Madrid, 1963.

Espasa-Calpe, en su colección de Clásicos Castellanos, ha publicado, en un mismo volumen, dos comedias de Lope de Vega: *El villano en su rincón* y *Las bizarrías de Belisa,* edición, estudio preliminar y notas de Alonso Zamora Vicente. Los prólogos abarcan ciento dieciséis páginas que implican un minucioso recorrido: argumentos, bibliografías, análisis pormenorizados que finalizan en unas tablas métricas de cada obra. La fecha del *Villano* fué situada por Bataillon, con muy sugestivos razonamientos, entre febrero de 1614 y octubre de 1615, años en que estrenaba Lope sacerdocio. En el ambiente de la época—y en un libro memorable—bullía el tema del menosprecio de corte y alabanza de aldea, cuya versión escé-

nica es este *Villano,* que, al decir del profesor Zamora Vicente, es "una de las más sólidas construcciones dramáticas de Lope de Vega". *Las bizarrías de Belisa,* de 1634, es, quizá, la última comedia del Fénix. Casi *in extremo vitae constituto,* Lope reincide una vez más en el tema del amor, explicando y reprochando con humildad al público, al final, que vuelve a crear personajes escénicos, a llamar a las Musas, "para que no le olvidéis". Hay ya, en los teatros, nuevos autores que eclipsan, de momento, al gigantesco anciano que los hizo posibles. "Todo está aquí al alcance de la mano—dice de *Las bizarrías de Belisa* Zamora Vicente—. No hay esa ilusoria Francia del *Villano,* ni la excursión meditada y gozosa a las leyendas nacionales." "Nada hay en ella que suponga un alejamiento, un falseamiento de la realidad inmediata. Al contrario: es ésta la gran salida, la primera heroína que nos encontramos al levantarse el telón." Dos obras de Lope muy distintas, editadas con excelentes estudios—en prosa jugosa, precisa y viva—, acompañadas por notas aclaratorias constantes, a cargo del profesor Zamora Vicente, que, todavía joven, ha prestigiado ya en muchos países la Universidad española.

M. F.

José García Nieto: *Circunstancia de la muerte.* Entregas de poesía "La Muestra". Sevilla, 1963.

Seis poetas muertos, encerrados en seis poemas, constituyen el temario de este cuaderno, uno más de la colección que tan finamente dirige Rafael Laffón, el generoso poeta de Sevilla.

Los poetas cantados por García Nieto ("se canta lo que se pierde") son muy diferentes entre sí: Juan Alcaide Sánchez, Gabriela Mistral, Juan Ramón Jiménez, Adriano del Valle, Manuel Altolaguirre y Leopoldo Panero. Fué siempre García Nieto solvente deudor de sus amigos en persona o en verso. Aquí hay poetas entrañablemente ligados a él, como Panero, Adriano del Valle o el mismo Juan Ramón. También alguno que no conoció, como Altolaguirre. ¿Y qué importa? Ya es hermoso recordar al lejano poeta muerto, como a todos los muertos, sin esperar nada a cambio, como parece ser norma de otros.

En la poesía esencial de García Nieto (amor, muerte, Dios), tiene un bello lugar la amistad, y esa cualidad arranca desde sus primeros versos. Ahora, al publicar estas seis coronas fúnebres, él ha cumplido con un querido deber. Particularmente, me encanta que haya incluído a Juan Ramón y Adriano del Valle. Juan Ramón, gracias al empuje editorial de sus inéditos, vuelve a suscitar la atención; no vale ya aquel desprecio con que algunos tiradores baratos lo asediaban. En cuanto a Adriano del Valle, pronto se ha olvidado su humanidad generosa, su servicial apoyo, su entrega a la poesía, en él más graciosa y leve. ¡Ah, si los muertos gozaran de buena salud!... Pero no hay que temer. Los mismos que niegan, serían los primeros en rodear, mimar y acatar.

Volviendo a García Nieto. Seis poemas de calidad, maduros, remansados. En verso largo o corto, en soneto o poema libérrimo, el poeta da fe de su pleno momento.

Manuel Mantero.

MARTÍN VIVALDI, ELENA: *Arco en desenlace*. Veleta al Sur. Granada, 1963.

La obra de Elena Martín Vivaldi es ya lo suficientemente extensa e intensa como para que su nombre se haya situado en un sólido lugar dentro de la poesía española. Después de sus libros anteriores—*Escalera de luna, El alma desvelada* y *Cumplida soledad*—, el que ahora comentamos ratifica la opinión que de ella teníamos.

En primer lugar, tengo que decir que *Arco en desenlace* no es un libro que pueda ser juzgado ni mucho menos criticado fácilmente. Todo juicio, toda crítica, supone el que una serie de vivencias ajenas sean sopesadas y exploradas por un extraño, y el libro que ahora nos ocupa se resiste a este trato. No se ve en él, en primer lugar, a la buena o mala poesía, sino a un ser humano que se manifiesta con toda seriedad. Y lo demás—aunque en seguida nos vamos a referir a ello—es accesorio.

La poesía de Elena Martín Vivaldi es elegante, serenamente meditada, de emociones contenidas y producto de una educada y fina sensibilidad. El libro, dividido en cinco partes—"Enamorada voz", "No es silencio un amor", "La voz elemental", "Amarillos" y "Hacia otra voz"—, está estructurado sin precipitaciones y, muy sutilmente, tal como su título sugiere, parece comprender un ciclo vital que parte de una serie de temas a los que podríamos llamar personales hasta concluir en una especie de superación de todos ellos. La dirección de este *arco* es, pues, ascendente, ya que de lo particular la poetisa consigue llegar a un plano superior y universal en el que parece insinuarse una especie de desapego de los cuidados inmediatos:

> Los labios se me cierran en lo oscuro,
> las manos ya no buscan las almenas,
> descanso de su vuelo, ya están llenas
> mis pupilas de cal, ciprés y muro.
>
> Perdida está la siembra del presente,
> si ya mirar no puedo donde alcance
> un rumor de esperanza que me aliente.
>
> Pero tanto silencio, infiel destino,
> sólo una Voz podrá librar del trance
> en que es niebla esta luz de mi camino.

Como vemos por este fragmento del último soneto del libro, el *desenlace,* que es al mismo tiempo la esperanza de una suerte de libertad, se encuentra en la superación de sucesivos planos, que son los que marcan el *tiempo* en estos poemas. Todo ello está expresado con palabras de excelente calidad y en forma adecuada. El soneto, muy frecuente, es quizá la forma que Elena cultiva con más agrado y a la que, por ello, imprime mayor soltura y facilidad. Entre ellos hay que destacar los de la IV parte del libro y el titulado "Sólo una voz", con el que se cierra *Arco en desenlace.*

GATELL, ANGELINA: *Esa oscura palabra*. La isla de los ratones. Santander, 1963.

Sirven de umbral a estos poemas unos versos de Rafael Alberti —"Todo está claro". / "Pero si en mí está lo oscuro", / "¿Cómo he de cantar diáfano?"—, en los que la autora se ha inspirado para concretar el título del libro. Este se abre con un soneto en el que, en cierto modo, queda planteada la actitud que la poetisa mantiene a lo largo del libro, cuyos quince poemas se agrupan, sin que se exprese el motivo, en tres partes. La actitud que el soneto manifiesta es, por supuesto, desoladora:

Sobre la tierra estoy, toco la tierra.
Siento el hondo latido de esta guerra
y os entrego mis manos desoladas.

Pero decidme ahora, compañeros,
¿quién podrá contestarme en los senderos
si están vuestras respuestas enterradas?

El punto de partida es la formulación de una anterior desesperanza aplicada, en toda la extensión del libro, al *ambiente* en que éstos van dándose. Más que de la exposición de un tema concreto, Angelina Gatell aplica su clima a los ya conocidos, expone su actitud, nos da su opinión en cada uno de sus poemas. A esta actitud general es a la que califico de *entregada* y *desoladora:*

Hemos dejado atrás toda cosecha
de frutos jubilosos...
el caliente rebaño, la dulzura
de las mínimas cosas.

Somos un pueblo triste,
mutilado,
absorto...

Sobre esta tierra se aprietan
las penas como racimos.
Para vosotras la pena
es un viento sin sentido.

La alegría es difícil y Angelina Gatell, como tantos poetas españoles del momento, no la intenta. En el fondo es porque, a fuerza de no conocerla, nos está llegando a parecer una profanación. La confundimos con la inconsciencia. Y es que, como en *Las moscas,* tal vez no sepamos usar de nuestra libertad y nos encontremos más seguros y cómodos dentro de nuestro más o menos real complejo de culpabilidad. Como en la ciudad, no por hipotética menos real, de la tragedia de Sartre, un clamor desesperanzado y agónico se eleva de todos los rincones de la poesía española de nuestros días de la que, por ejemplo, va desapareciendo un elemento tan importante como el paisaje. Con este síntoma el hombre renuncia a lo que le rodea, al lugar que le circunda, y se ocupa con más fruición en su "pobrecito yo". Y es que el clamor a que me refiero, por el contrario que en Sartre, cuya hondura metafísica se resiste a forzados encasillamientos anecdóticos, es por nosotros mismos—como realidad in-

mediata—y para nuestros propios oídos. Se trata de un clamor local y provinciano que no por eso es menos lacerante. Por el contrario, lo es mucho más, ya que al no enlazar con el clamor general humano, de todos los tiempos y todas las bocas, carece del consuelo de la grandeza. Esta limitación es un círculo vicioso en el que reside nuestro tedio vital y expresivo. San Pablo, en su primera carta a los cristianos de Salónica, dice: "No lloréis, hermanos, como aquellos que no tienen esperanza."

No me aparto del tema al tocar estos puntos, de los que cualquier lector podrá sacar al menos un par de consecuencias, sobre todo después de conocer *Esa oscura palabra,* que, por cierto, no es oscura precisamente. Este libro, en su fondo y en su forma, posee la habitual claridad de las voces mediterráneas, facilidad de léxico, tersura de imágenes, delicadeza de expresión. Y es preciso advertir que no se trata de uno de esos libros que tanto me indignan y que, a juicio de un escritor español, más que femeninos son afeminados.

BEDREGAL, YOLANDA: *I Antología Poética.* Lírica Hispana, 224. Venezuela, 1962.

En la poesía de esta escritora boliviana se aprecian cualidades que deben ser inherentes a toda obra poética: una buena formación intelectual y dotes naturales para poder comunicar con lo que "no es yo". Contribuye a que la lectura de esta *Antología*—muy breve por cierto—nos resulte amable, las constantes evocaciones al paisaje circundante que es, para nosotros, exótico y atractivo. Por otra parte, Yolanda Bedregal se mueve con soltura, sin pedantería ni elucubraciones, dentro de temas profundos y de matices filosóficos que garantizan una generosa curiosidad de carácter amplio. Una antología por la que tanto su autora como la colección que la publica pueden felicitarse.

JULIA UCEDA.

JOSÉ LUIS CASTILLO-PUCHE: *Sin camino.* Ed. Bullón. Madrid, 1963.

Editada hace algún tiempo en América, esta novela de Castillo-Puche se publica ahora en España, cuando el nombre del autor y otras obras suyas de reciente y ruidosa aparición alcanzan gran cotización de éxito y popularidad. *Sin camino,* uno de los primeros libros escritos por J. L. C.-P., tiene todavía las características de relato autobiográfico, matiz tan frecuente en los primeros y últimos pasos de un escritor—sólo en la zona media de madurez creadora suele darse la pura y absoluta invención objetiva—, con la particularidad de que, como es sabido, la biografía de este novelista es por sí sola tan apasionante o más que cualquier novela.

El protagonista de *Sin camino* hizo la guerra española y luego ingresa en el Seminario de los Jesuítas de Comillas. Hombre complejo, de decidida vocación intelectual y muy concretas apetencias vitales, vive dentro del marco contrastado e insólito, pobladísimo y recargado del seminario, su duda entre hamletiana y metódica, su ser o no ser vocacional, espiritual, religioso. Una mezcla de fe cierta y humana rebeldía le lleva, por

fin, a abandonar para siempre la carrera eclesiástica no en busca de nada demasiado concreto, sino al encuentro apasionado, abrazador—y no apóstata, por supuesto—del mundo. Esta peripecia interior se recorre a lo largo de un panorama novelístico de gran valor documental. La vida interior del seminario—con críticas explícitas o implícitas, pero siempre objetivas y casi siempre respetuosas—a los sistemas y el estilo de la Compañía de Jesús, el encanto lánguido de los aires y los días santanderinos, los ecos de la segunda guerra mundial, el rastro de la posguerra española, la letra e incluso la música de los años cuarenta nos van llegando en estas perfiladas páginas. El incendio de Santander—Castillo-Puche estuvo allí, naturalmente, como ha estado en casi todos los momentos importantes o dramáticos de España y del mundo en los últimos años—se hace coincidir sabiamente con el momento crucial de la caída del protagonista, dándole así a la catástrofe un valor casi apocalíptico. Algunos críticos han señalado estos pasajes del incendio como los mejores de la novela. Personalmente, preferimos la descripción de la fiesta político-religioso-social en el seminario, como insuperable documento de gran valor fotográfico-literario.

Sin camino tiene un arranque de novela clásica, decimonónica, impecable, y luego corre al ritmo vital y vibrante que hoy es característico de este autor, con momentos de descuido y otros de gran precisión, donde se prenuncia ya el novelista documental, antes que introvertido, que actualmente es Castillo-Puche.

FRANCISCO UMBRAL.

PASCUAL VENEGAS FILARDO: *Paralelo Norte. Impresiones europeas.* Caracas, 1962.

Muy conocida es en España la personalidad del venezolano Pascual Venegas y su múltiple actividad docente, literaria, poética, periodística. Ahora nos llega su *Paralelo Norte,* libro escrito a raíz de un viaje a Europa. Se trata, en realidad, de una serie de crónicas publicadas en *El Universal,* y que conservan el aire y el tono periodísticos. Portugal, España —el Tajo, Toledo, El Escorial, Vigo y Alcalá de Henares—, Francia y Alemania integran el recorrido de P. V. F. Su experiencia de escritor americano avezado ya en la realidad y la cultura europeas da su mejor tono a este interesante libro.

CLARA SILVA: *El alma y los perros.* Montevideo, 1962.

Se trata de la segunda novela de Clara Silva y el séptimo de sus libros. Esta poetisa uruguaya, que tan felizmente debutara en la prosa con *La sobreviviente,* ha escrito ahora una novela de garra y desgarro existencial, entre Unamuno y los pontífices franceses de dicha corriente filosófica y literaria. Las innovaciones técnicas y estilísticas de *El alma y los perros* reflejan también la influencia de los experimentos literarios llevados a cabo, por ejemplo, en *Los caminos de la libertad,* de Sartre, y más tarde

por la novela objetiva. *El alma y los perros* se resuelve en un sentido religioso, dramáticamente religioso. Uruguay tiene en Clara Silva su novelista de vanguardia.

Carlos Juan Islas: *Isidoro Istacu*. Veracruz, 1962.

El volumen reúne tres relatos, "Domingo de bendición", "El gallo" e "Isidoro Istacu". Lleva ilustraciones de Teodoro Cano y es el número uno de las ediciones "Noéma". De este volumen se ha hecho una edición de 1.500 ejemplares.

Julián Díaz Peñafiel: *El sainete* y *Los trabajos y proyectos de Jaime y Fernando*. Ediciones "Mi desván". Buenos Aires, 1960 y 1962.

Los trabajos y proyectos de Jaime y Fernando se subtitula "Historia meridional" y va dedicado al doctor don Gregorio Marañón. Sus ocho partes o "empresas" están fechadas, respectivamente, en Buenos Aires, Madrid, París, Venecia, Roma, Atenas y Madrid, de 1932 a 1939. Hay un epílogo titulado "Las bordadoras". La portada se ilustra con una reproducción de *Las hilanderas,* de Velázquez, cuadro que es objeto de enjundioso comentario en un apartado del libro. *El sainete* (Con Quevedo y Luciano, en el siglo xx y medio) se divide en seis jornadas, a más de un prólogo y un epílogo. Los títulos de las jornadas son "La Allthings superada", "El Limbo y sus ciudadanos", "Los Elíseos y sus arrabales", "Gobernación de Mefistófeles", "La gran gobernación de Menipo" y "Riberas del Plata".

Alberto Fernandes Leys: *Sarmiento y el periodismo*. Edición de la Escuela de Periodismo. Universidad Nacional de la Plata. 1961.

Con selección, prólogo y notas del profesor Alberto Fernandes Leys, nos llega esta antología periodística del ilustre Domingo F. Sarmiento. "Sarmiento, hombre y periodista", titula Fernandes Leys su trabajo liminar. Viene luego una "Autobiografía" de Sarmiento, a la que siguen sus páginas periodísticas sobre ley de imprenta, libertad de imprenta, subvención de la prensa periódica, legislación sobre la imprenta como industria, aprendices de imprenta, etc. Los apartados "En su correspondencia" y "En la posteridad" cierran el libro con documentos de gran interés. Todo el volumen tiene carácter de homenaje a la gran figura de Sarmiento.

Augusto Arias: *Obras selectas*. Quito, 1962.

Nacido en 1903, Augusto Arias cuenta ya con una abundante y cuajada obra literaria en verso y prosa. Este volumen recoge la mayor parte de sus trabajos biográficos y ensayísticos, desde *Mariana de Jesús* hasta *Escritores del 98,* pasando por *El cristal indígena, Virgilio en castellano,*

Pasión y certeza de Sor Juana Inés de la Cruz, Mujeres de Quito, El Quijote de Montalvo, José Martí, España en los Andes, etc. Cierra el libro una apretada selección de artículos publicados anteriormente en *El Día,* de Montevideo y *El Comercio,* de Quito, entre los que destacan por su belleza e interés los dedicados a Paul Valèry, Emilio Carrere, Manuel Machado, Andrés Eloy Blanco y Gabriela Mistral.

FRANCISCO UMBRAL.

RAMÓN DE GARCÍASOL: *Poemas de andar España.* Col. "Palabra y Tiempo", VIII. Madrid, 1962.

Ramón de Garcíasol, ese gran trabajador y colonizador de la literatura, nos ofrece con estos *Poemas de andar España* un alto concepto del temple que debe sostener y alimentar un poeta. Garcíasol es un poeta perfectamente clasificable, con una obra ardua, densa y auténticamente fiel a los principios y dictados del hombre y de su tiempo. Garcíasol es asimismo un agudo lector y un afortunado crítico. Sus lecturas y sus devociones por los autores releídos se reflejan naturalmente en este volumen, dividido en cuatro partes: "Obertura", "Tierras de Avila", "Otras tierras de España" y "Tierras de Castilla". Para él el suelo patrio es tierra antes que campo. "Tierra" es un vocablo más ambicioso, menos circunscrito a partes proporcionales, más colectivo. Tierra fué y será el hombre. Tierra común fuimos y seremos. Tierra que algunos confunden con el barro y la sed.

En los versos de Garcíasol hay futuro y esperanza campeadora, hay evocación, hay historia. *¡Mis anónimas gentes laboriosas / padrean el futuro y el contento!,* exclama el poeta. La fe siempre despierta, iluminando, iluminándose:

> Cuando mi sentimiento polvo sea,
> otro hombre sentirá con algo mío.

¿Dónde hemos escuchado antes estos endecasílabos? ¿Dónde la voz del viento, el salmo del martillo en la fragua? Acento verdadero y familiar. Sonetos de toda una pieza: "Campesina muerta", "El tonto de Piedrahita", "Las Batuecas", "A la Dama de Elche"... Rondan por *Poemas de andar España* los alientos ibéricos de Unamuno, Machado, Hernández. Hay otro Unamuno en Garcíasol, por su preocupación y su raza, por su verbo y su arrojo intelectual.

> ¡Armonía del silencio,
> ay, los remos de una barca
> que cruza la mar del tiempo,
> ay, si nunca regresara!

Conocemos, entendemos, justificamos mejor a España *andando* por el trigo limpio del verso de Garcíasol. El toque de atención de sus estrofas nos ha despertado como esgrimiendo trasluces de profecía *(Hijo: Cree que el mal no prevalece. ¿Quién no siente / abejear matrices generosas?)*

Poesía realista, de grano y granito. Poesía de pisar y tropezar España,

de dolerse decentemente con sus pueblos *en las raíces de la hombría,* de atender sus bellezas *(Timpanizado azul cielo...)* y vocearlas conmovidamente:

> Llamad amor a la pasión que sube
> tan españolamente a mi poema.

Espléndido libro de un poeta siempre en activo.

JORGE CARRERA ANDRADE: *Sus primeros poemas.* Col. "Lírica Hispana", 234. Caracas, 1962.

El gran poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade ha publicado felizmente *Sus primeros poemas.* Lo bueno ayer es hoy bueno y no desmerece ni elimina su valor. Cada cosa por su sitio y a su tiempo. En quien sólo conozca a Carrera Andrade por *Sus primeros poemas* se despertará una inclinación espontánea por admirarle en las sucesivas fases de su producción. Sus iniciales creaciones de primera juventud se remontan a 1918. Ya entonces se transparentaba con crédito el buen poeta del futuro:

> Después de llover, el cielo
> su bufanda de siete colores
> se cuelga al cuello.

Y más, más credenciales: *Tiene el aire del ángelus frescura de sandía / recién abierta. En el redil, la cerca de estacas sonrosadas / recuerda la corona de espinas del Señor... Y vivir en silencio con la vida del humo.* A 1926 pertenecen esos hallazgos deliciosos *(Moscardón: uva con alas)* que el autor denomina "Microgramas" y que Gómez de la Serna distinguiría por greguerías y Antonio Machado por apuntes, cantares o sentencias. Así el titulado "Quiromancia":

> Descifra la buenaventura
> sobre las rayas de una hoja
> el dedo lento de la oruga.

Sus primeros poemas nos acercan generosamente los diezmos y primicias de un poeta que prevalece, "sin parcelaciones ni equívocos", por encima de los años.

RAFAEL PALMA: *La lluvia y los muertos.* Col. "Alrededor de la mesa". Bilbao, 1963.

Fuerte título. Rafael Palma aventaja unos pasos al frente con cada nuevo libro. Este es mejor que el de ayer, y el de ayer mejor que el de antes. Es lógico esperar que el de mañana supere al de hoy. Y así sucesivamente hasta ampliar la meta de creación. Un poema es el que titula el volumen.

Rafael Palma respira en un clima profundo y frágil, nostálgico y austero. Su poesía es un monólogo interior vertido en el circuito externo de la vida. En muchas composiciones creemos advertir resonancias de su voz

original, pero cuidadas, alambicadas tras una maduración pasiva, pensativa.

En *La lluvia y los muertos* hay amor, vivencias religiosas y sociales que expresan a un hombre, *un hombre repetido en tantos otros:*

> Y que un día cualquiera, de mañana,
> cuando los gallos rondan su ventana
> dimite, resignado, de su puesto.

Rafael Palma, íntegro y pausado, remuneratorio. Después de leerle se nos despierta una sensación delicada, modelo de aquella de Emily Dickinson: *...hoy escucho por primera vez la voz del río en el árbol.*

NOTICIA DE OTROS LIBROS

Son tantos los libros acumulados que, por atender al total, nos vemos impelidos a comentarlos todo lo objetivamente posible que permite la brevedad.

En su hermosa *Conquista del sosiego* (Ed. "Goya". Santa Cruz de Tenerife, 1959) Félix Casanova de Ayala edita el conjunto de una creación veinte años incesante, inédita en gran parte o repartida por diversas publicaciones. Casanova tiene una pluma educada por la continuidad y el esfuerzo. Es un poeta que ha ido evolucionando. En *Zogno, Silencio del caracol, Sonetos, El paisaje contiguo* se muestra un laborioso retórico. Pero luego, Casanova se libera de rigores y salta a un terreno más llano. Su *Reportaje* (1951-1953) acaso sea el libro de tono más contemporáneo. Es anecdótico, pero se suma a la travesía de aproximación a los hombres de la llamada "generación del 51", en la que ha sido clasificado. Casanova, poco amigo de cenáculos y comunidades atropelladas, escribe que se alegró de pertenecer a ella, "por estimarla una de las más sanas, veraces y esclarecedoras del panorama poético de nuestra posguerra".

Conquista del sosiego es una conquista de personalidad.

Versos con un poco de muerte (El Ferrol, 1962), de Isidro Conde, es un libro de tenues influencias; la de Blas de Otero quizá se acuse más que ninguna. La voz de Isidro Conde suena con pacífico acento. Es una voz que parece descolgarse con las hojas apagadas del otoño, sostenida y despierta por una búsqueda dolorosa que se debate en lo temporal. Más que diferencia lo que noto en Isidro Conde es indiferencia. No es poeta de naturaleza exclamativa. La admiración o la interjección no vibran por sus poemas. Una preocupación le hostiga siempre: la preocupación del tiempo, del tiempo de amar, de vivir, de morir; la preocupación de los tránsitos inexorables.

Me gustan sus *Versos con un poco de muerte.*

Cántico del retorno (Montevideo, 1962) es un único poema dividido en nueve agrupaciones donde Juan de Gregorio entona su homenaje elegíaco a la memoria del poeta, del amigo, del hombre muerto Juvenal Ortiz Saralegui. El poema es bueno, intenso, de variada lucidez métrica: silvas tranquilas, décimas sazonadas y de pudorosa retórica, sin extralimitaciones, estrofas de freno libre.

Cántico de abiertas imágenes este *Cántico del retorno,* donde Juan de Gregorio reencarna a un ser perdido y le ofrece hechura de hombre recién incorporado a la vida.

La orilla de Eurídice y otros poemas (Col. "Rocamador", 18. Palencia, 1963) es el primer libro de Jaime Rollán Ortiz, poeta asturiano residente en Gijón. Son unos versos fundamentalmente amorosos, escasamente formalistas, pero con un fresco calor armónico. Un carácter intimista, añorante, enciende y tintura las páginas. Un poco de Salinas *(Miedo. Miedo de ti...),* otro poco de Celaya *(Te aturden. Te dominan. Te vencen. Te entristecen)* y, sobre todo, de Aleixandre, pero todos prudentemente asimilados y dosificados.

La poesía que Italo López Vallecillos recoge en su último libro *(Imágenes sobre el otoño.* Ed. "Ahora". San Salvador, 1962) nos parece en cierto modo personal. Es poesía sugerente antes que directa, facultada en un tono minorativo y libre. La sucesión de los poemas no se circunscribe a un orden cronológico. El titulado *Corazón, te pareces a las grandes ciudades* estampa al final las fechas "Octubre 54/Noviembre 60", siguiendo seguramente el viejo sistema juanramoniano de datar poemas redivivos.

Muy delicados los dibujos de Camilo Minero y Carlos Cañas.

Pablo A. Ramella es un "veterano" poeta. Su primer libro de versos lo publicó en un año glorioso: 1927. De aquella fecha a la presente a su bibliografía poética se sumaron cuatro nuevas creaciones, aparte de unos ensayos y media docena de volúmenes de carácter jurídico. *Himno* (Ed. "Theoría". Buenos Aires, 1961) es un singular exponente de equilibrio externo y aun interno: Diez poemas y cada uno de diez estrofas; concretamente, de diez cuartetos endecasílabos. Opulencia de expresión, virtuosa labranza retórica. Serenidad y concomitancia.

Juan Cervera-Sanchís es un entusiasta poeta establecido en un pueblo ribereño de la provincia de Sevilla: Lora del Río. Joven y con ya varios libros por el mundo. Su *Aguardada aurora* (Mallorca, 1962) hospeda unas composiciones premiadas con el "Mossen Alcover". La mayoría, sonetos. Y cancioncillas con soles andaluces *(Amapoléame el trigo... El ocio era verde y dulce, / aquella tarde morena...).* A ver cuándo algunas vocecillas del Sur se arriman a otro árbol sin "pío-píos" en la copa y se sacuden la tarántula del "garboseo" y el "pintureo".

En *Cal viva* (Col. "Rocamador", 19. Palencia, 1963) descubrimos la creación de Juan Cervera-Sanchís halagüeñamente fortalecida. Es su mejor libro, sin duda, hasta el momento. Yo creo que este poeta es sincero cuando se expresa, y debemos seguir esperándolo, porque aún deben restarle otros presentes más elevados que atender.

El jerezano Ríos Ruiz publica su libro primero *(La búsqueda.* Colección "La Venencia", 2. Jerez de la Frontera, 1963) después de haber aireado su nombre en algunos cuadernos de líricos tanteos. *La búsqueda* es eso: una búsqueda de horizontes más claros donde reconocerse o despistarse aún más. El librito está dedicado a la madre, "perenne azahar de ternura", escribe Ríos. Las citas de Lorca y Juan Ramón no faltan. En el contenido de *La búsqueda* abundan los sonetos, las décimas, las soleares... (Mucho *cante.* ¿Me explico?) El último poema lleva por título "Semblanza del alma". Sin comentario.

Manuel Ríos Ruiz prosigue la "búsqueda" de sí mismo. Buscad y hallaréis, se nos reconforta en el Evangelio...

Dos libros casi simultáneamente publica Alberto Barasoain *(Juan es la voz.* Col. "Rocamador", 13. Palencia, 1962. Y *Madrugada.* Col. "Doña Endrina", 19. Guadalajara, 1962). Su poesía no resuelve nada. Es una poesía de francotirador acorralado y desdeñado que gasta su pólvora preferentemente con los muertos y las sombras. Leemos: *... la métrica de Villaespesa / y otros entes de su misma calaña.* No hay razón, vamos, para atentar a tontas y a locas contra un Villaespesa que con nadie se mete. Cuando éste murió, Barasoain contaba tres años de edad. Que Villaespesa no interesa, muy de acuerdo, pero es un poeta que importó en su tiempo. Y basta.

Jorge de la Jara, poeta gaditano y profesor de literatura española en Honolulú, publica a sus veintinueve años *La ciudad transformada* (Ed. "Magical". Madrid, 1961), su primer libro, al parecer. El contenido es difícil y sospechoso. Pero, paradójicamente, muy poco "nuevo", aunque se simule lo contrario. Los poemas no traspasan la dimensión de la página que los hospeda. Jorge de la Jara crea unas licencias ortográficas para él solo. Las letras mayúsculas las ignora absolutamente. En lo de los puntos y comas, el autor no ha hecho las paces de autocriterio.

Dos nuevos libros de Hugo Zambelli *(Vida, tan prodigiosa.* Madrid, 1961. Y *Temporal.* Santiago de Chile, 1962) que cabe situar en casi semejante proyectura: poesía de cuerpo ligero, visión palpitante y profunda naturaleza. Ciertamente, como apunta Alfredo Lefebvre, los extremos del contenido de *Temporal*—libro más denso, sobrio y comprometido—son, por un lado, "la exaltación del momento, ya de amor, ya de presencia del mundo; por otro, la brevedad del tiempo, y la mano de la muerte que se te apoya en el hombro".

Juegos muy bien jugados, epigramas ingeniosos. En *Arte menor* (Col. "Alrededor de la mesa". Bilbao, 1962), Gregorio San Juan luce su capacidad para una poesía satírica. El autor—como él mismo objeta—se emplea en trazar "ejercicios de retórica": sonetos, romances, octavas reales, y otros poemas en gallego, en francés y hasta sáficos en latín.

Seis años de creación recoge Miguel Angel de Argumosa en *Poesía y Vida* ("La isla de los ratones". Santander, 1962). Son versos breves y preferentemente amorosos. Poemas de interés son, entre otros, "Mapamundi", "He tocado su rostro", "Mujer del pasado", "Los hongos"... Libro delicado, íntimo, revelador.

Gonzalo de Córdoba, sacerdote, publica unos versos con el título de *Salmo* (Ed. "Jerez industrial". Jerez de la Frontera, 1961), breviario y ejercicio de quien labora en el retiro de una sosegada celda monacal, sin otro riesgo que el olvido. Versos claros. (Debemos ser indulgentes con los versos claros.) Pulcramente impreso, el libro va dedicado "a Sus Altezas Reales doña Beatriz y Don Alfonso de Orleáns y Borbón, infantes de España". Eso es todo.

Grito con carne y lluvia (Cuenca, 1961) y *La Valija* (Col. "Alrededor de la mesa". Bilbao, 1963) se titulan el primero y segundo libro, respectivamente, de Diego Jesús Jiménez, madrileño de veintiún años, que tiene muchísima prisa en publicar. En ambos libros afloran las ingenuidades, las inseguridades inevitables de la inmadurez. No estamos, afortunadamente, en el caso del niño prodigio. *La Valija* anuncia a un buen poeta, en contraste con *Grito con carne y lluvia,* librito enérgico pero sin salvavidas.

Otro libro caprichoso *(El amor en el pueblo y otros poemas,* por Santiago Torres y Castro. Ed. "Agón". Montevideo, 1960). El autor, que está reñido con los signos ortográficos, presenta la "singularidad" de resolver de este modo las sinalefas: *langustia* en vez de "la angustia"; *sestáguantando* por "se está aguantando"; y *porquellos, quentonces, tesperaba.* Ciertas expresiones—empleemos un eufemismo—se atascan en extremos escatológicos.

Primer libro y nuevo poeta *(El hombre y los demonios,* por Manuel Merino-Rodríguez. Ágora. Madrid, 1963). El autor nació en Madrid en 1928. Hasta el momento nos era desconocido, ya que por lo que deduzco del texto de la solapa, no ha colaborado mucho en revistas. Su libro nos permite situarlo en un buen medio; es decir, a la diestra de la virtud. Su poesía, abundante y espesa, no es nada formalista. En ocasiones, he recibido la impresión de estar leyendo a un inédito Ezra Pound.

Joaquín Caro Romero.